

Feminismo expandido o «collage de planteamientos» Clotilde Lechuga

Doctora en Historia del Arte.
Profesora en Ciencias de la Educación de la UMA.

CUANDO A PRINCIPIOS DE LOS AÑOS 90 EL grupo LSD me pidió que les hiciera unas fotografías, no lo dudé y fui encantada a una sesión que preparamos en el entorno del madrileño barrio de Lavapiés, donde solíamos frecuentar la filmoteca, así como algunos espacios de reunión y debate, cafés, bares, conciertos. Desde hacía meses ejercía como fotógrafa, y sí, ponía «fotógrafa» en mi tarjeta de visita. El término aún sonaba de forma extraña acabado en femenino, pero yo me sabía mujer y lo quería reivindicar de ese modo, lo que gracias a todas ha ido cambiado en muchas profesiones. También colaboraba con el incipiente Instituto de la Mujer perteneciente al Ministerio de Asuntos Sociales. Desde allí se confeccionaron y publicaron unas interesantísimas guías de divulgación, relativas a la educación sexual para mujeres adolescentes, usos de anticonceptivos, relaciones de pareja defendiendo el NO a la violencia de género, igualdad, etc., en las que participaba activamente ilustrando el contenido que otras colegas escribían y maquetaban. De igual modo, cubría fotográficamente las reuniones, premios y congresos que celebraba la ONG *Federación de Mujeres Progresistas*, en la que nombres como Amelia Valcárcel o Celia Amorós, entre otras feministas, comenzaron a sonar y brillar con un discurso que escuchaba reconociéndome en él.

Por eso, la propuesta de las combativas compañeras de LSD que entonces reivindicaban la visibilidad de las mujeres del colectivo LGTB, me parecía interesante y justa y, por eso mismo, tampoco dudé en participar en el proyecto desde la creatividad de la imagen artística. Como referente, las *Guerrilla Girls* en EEUU en los ochenta habían presentado *Do women have to be naked to get into the Met. Museum?* tras el artículo de Linda Nochlin que inauguró la crítica de arte feminista en 1971: *¿Why Have There Been No Great Women Artists?* ¿Por qué no han existido grandes artistas mujeres? Nosotras, desde Madrid, nos acercábamos desde la perspectiva de género al tema del desnudo femenino LGBTQ+ y de la cultura en general.

20

Hago un paréntesis para aclarar que he iniciado este artículo con unos apuntes autobiográficos, porque considero prudente presentarme antes de continuar con la propuesta de escribir sobre feminismo, prácticas artísticas feministas o perspectiva de género y subjetividad.

En 1971, Linda Nochlin visibiliza el supuesto «problema de la mujer» y plantea la necesidad de formular pensamiento feminista desde el ámbito académico, intelectual, para, entre otros aspectos, rebatir la naturalización colectiva de los hechos machistas en la construcción de nuestro sistema socio-económico y

cultural. Nochlin incide y desvela lo que llamamos «techo de cristal», esto es, la imposibilidad de liderazgo o presencia de mujeres en los círculos de artistas o la industria cultural patriarcal —y por supuesto en muchos otros ámbitos— hecha por y para ellos, los hombres blancos. De ahí el aplauso a las audaces respuestas, como las presentadas por las *Guerrilla Girls*, en la querrela por la igualdad durante más de 30 años. También a las reivindicaciones de visibilización de distintos colectivos de la sociedad, en ocasiones de las mal llamadas minorías, como es el caso de las mujeres, pues somos una mayoría tratadas como minoría. Nosotras encontramos un punto de encuentro en el debate contra lo establecido como «natural», el patriarcado, omnipresente en la cultura occidental.

Desde los años setenta, el movimiento feminista cuestiona esta construcción no sólo en la esfera intelectual, sino también en la sociedad en general. Karen Cordero e Inda Sáenz, en su libro de recopilación de textos feministas *Crítica feminista en la teoría e historia del arte*, retoman la consigna feminista «lo personal es político», que transformó la estética de los ochenta. Se pone así en entredicho el papel del género sexual en las relaciones de poder, las estructuras económicas y sociales, las vivencias, las percepciones y subjetividades, con lo que se desafía la segregación entre el ámbito de lo privado y lo público. El pensamiento feminista entra en el terreno del arte con un argumento propio que incluye la acción artística, y se inicia un proceso de formación intelectual recomendado por Linda Nochlin. Este hecho afectará a las estructuras de poder como son las instituciones e industrias culturales y también a la educación.

La historia del arte feminista rebate quién ha podido ser artista —tradicionalmente hombre y blanco—, qué temas se representan en las artes plásticas —recogidos del ideario masculino patriarcal—, las técnicas, etc. Esta disciplina está muy relacionada con la historia social del

«Nochlin incide y desvela lo que llamamos «techo de cristal», esto es, la imposibilidad de liderazgo o presencia de mujeres en los círculos de artistas o la industria cultural patriarcal —y por supuesto en muchos otros ámbitos— hecha por y para ellos, los hombres blanco.»

arte de los años sesenta y setenta, que reivindicaba la visibilidad de las categorías sociales, las distintas etnias, razas y culturas no occidentales. Compartían de este modo la perspectiva de género e incidían en que desde la práctica artística se puede combatir la hegemonía institucional.

Por ello, el proceso de identificación desde la conciencia y autoconciencia que integra la diversificación de temáticas, debates y desarrollos de pensamiento feminista perdura hasta la actualidad. Consecuentemente, la perspectiva de género integra las esferas de lo público y lo privado, de las objetividades y las subjetividades. Convenía aclarar esta circunstancia, es decir, cómo aparece el concepto de género en los estudios sociales y humanos, dado que con frecuencia se confunde el binomio sexual hombre / mujer con el género como construcción social.

Otro aspecto a sumar es el resurgir de los referentes biográficos y autobiográficos en relación con los análisis deconstructivos de identidad e identificación, que dan un paso adelante y que pueden apreciarse en los movimientos del 8M y el movimiento MeToo. Existe la necesidad de visibilizar autobiografías que no se ajustan a la exposición de hechos y argumentos machistas y patriarcales, ya que estos ejercen poder cosificando el fenómeno de ser mujer o de ser alguien diferente. Como indican Cordero y Sáenz, la estrategia en la etapa última del feminismo

«Existe la necesidad de visibilizar autobiografías que no se ajustan a la exposición de hechos y argumentos machistas y patriarcales, ya que estos ejercen poder cosificando el fenómeno de ser mujer o de ser alguien diferente.»

consiste en un «collage de planteamientos», que integra la cotidianidad y la crítica política, el debate de los espacios intermedios, por ejemplo, la percepción individual, así como la experiencia colectiva. En la actualidad, la teoría feminista se expande hacia la experiencia de la mujer como constancia de una otredad, hacia un análisis de género como construcción social-cultural, en el que las bases y validez de la masculinidad y la femineidad se cuestionan desde múltiples perspectivas transdisciplinares, que dan lugar a una apertura y diversificación de la crítica, con estudios mayoritariamente deconstructivos de la masculinidad.

En una entrevista realizada por Patricia Reguero a Virginie Despentes en *El Salto*, en marzo de 2018, la escritora manifiesta la falta de empatía en los/as lectores —ciudadanas/os— con el referente de mujer emancipada que hace una vida diseñada por ella, en la que no sigue los esquemas propuestos por la sociedad patriarcal. Expone que incluso sus amigos transexuales reflexionan sobre el hecho de ser mejor vistos al ser percibidos como hombres, e insiste en que hay que hacer algo para que las mujeres despertemos igual que ellos «ternura», «esa falta de cariño me da pena, más que otra cosa», añade, una reflexión con la que estoy de acuerdo. Es necesario que nos empoderemos con nuestras decisiones. Tenemos que debatir aspectos fundamentales para las mujeres como nuestra vida sexual o la maternidad que aún permanecen secuestrados por la ideología patriarcal y parece que no son parte de nuestra existencia. De este modo, continuaríamos con el cambio de las relaciones sociales desde el feminismo, desde la «sororidad» o hermanamiento entre mujeres, desde la empatía y la ternura, tal como sostiene la activista estadounidense Angela Davis cuando defiende la interseccionalidad, porque se representará el interés de todas, en el ámbito público y en el ámbito privado.

Por todo lo dicho, deberíamos tener en cuenta las declaraciones de la exministra de Cultura Carmen Alborch recogidas

en *El País* el 25 de octubre de 2018, junto al anuncio de su fallecimiento: «El feminismo, como ha mejorado la vida de todos los ciudadanos y ciudadanas, debería ser declarado Patrimonio Inmaterial de la Humanidad».

Si, como señala la catedrática de Derecho Constitucional, María Luisa Balaguer, en el número 19 de esta misma revista, el futuro en sí es una utopía, el derecho al voto de las mujeres constituyó la primera utopía alcanzada por el movimiento feminista. El feminismo sigue luchando por la consecución de la plena igualdad. Una vez aparentemente asentados algunos de los derechos de las mujeres y colectivos vulnerables en el siglo XX, ya no se justificarían acciones contra el sistema, pero, en realidad, los logros no dan respuesta a los derechos civiles del conjunto de la ciudadanía. Hay una confusión social, cultural, al pensar que todos vivimos en igualdad de condiciones, por lo que tendemos a dejarnos llevar o a adormecernos en la comodidad de un mundo igualitario ficticio, en el que no somos conscientes de los techos de cristal que nos constriñen, que nos ahogan en nuestro cotidiano hacer. Observamos con sorpresa y angustia, la facilidad con la que la ciudadanía retoma costumbres seculares que pensábamos obsoletas, de manera casi inconsciente. Pero, precisamente debemos rechazar esa aparente e inocente inconsciencia. Como resultado de nuestro empoderamiento podremos tomar distancia con respecto a los hechos machistas.

Para concluir, creo que es necesario no solo luchar, sino también establecer lugares de encuentro, objetos de empatía, situaciones de bienestar, sumar la risa y la inteligencia, fortalezas también femeninas, para disfrutar de la sororidad, de lo colectivo. —